

# Picaresca y marginación social en la obra de Maravall

José Antonio Maravall, hombre de variados saberes, humanista, sociólogo, politólogo, fue, ante todo y sobre todo, un historiador con quien todos los amantes de Clío hemos contraído una deuda impagable. No está de más recalcar esta afirmación frente a ciertas reticencias, frente a ciertas ausencias en elencos bibliográficos en los que la cita de sus obras era ineludible. Hay muchas maneras de ser historiador; Maravall no fue hombre de archivos, y él era consciente de este handicap, que procuró contrarrestar utilizando los resultados de las más depuradas investigaciones. Tenía, en cambio, un conocimiento de la literatura escrita que a muchos falta, o poseen en grado insuficiente, lo que también es un fallo, y no de menor cuantía. En realidad, la historia se nutre de toda clase de fuentes: archivísticas, impresas, orales y plásticas, pero no hay ninguna persona que pueda dominarlas simultáneamente, y menos aún si su investigación abarca amplios horizontes, por lo que le es lícito decantarse hacia aquellas modalidades que le son más asequibles.

José Antonio Maravall nunca se resignó al estrecho especialismo a que parece nos obliga la riada de información que nos ahoga; no sólo acotó para sí un campo muy amplio que abarca toda la Modernidad, sino que nunca dejó de aprovechar sus conocimientos sobre la Edad Media, antecedente indispensable a la intelección de la Moderna. Fue también uno de los pocos historiadores españoles capaces de abarcar el entero panorama intelectual europeo, y esa profundidad temporal y espacial da a sus grandes obras una calidad y unas dimensiones poco frecuentes. Desde la altura de su inmenso saber oteó amplios horizontes y se alimentó, sin exclusividad, de variadas fuentes. Ni se adscribió a una escuela ni creó una escuela. Se mantuvo alejado de querellas literarias, defendió sus convicciones sin acritud, y con la sencillez del verdadero sabio ha legado una obra de la que serán tributarias generaciones enteras de historiadores.

Su testamento literario fue *La literatura picaresca desde la historia social*. Ochocientas páginas repletas de citas, de una densidad que tal vez perjudique a su perfecto conocimiento. Parece como si, consciente\*de su próxima desaparición, hubiera querido vaciar sus ficheros, repetir sus temas favoritos y abordar otros en la última oportunidad que tenía de hacerlo<sup>1</sup>. A primera vista parece que el título le viene estrecho a la obra, por-

<sup>1</sup> Por ejemplo, sus disquisiciones, apoyadas en numerosas citas, sobre el uso del tabaco y de los coches, temas que muy poco tienen que ver con la picaresca.

que ésta desborda mucho el tema de la picaresca; en realidad, con el pretexto de la picaresca es toda la panorámica social de la España moderna la que despliega ante nuestros ojos como un tapiz de mil colores. Si se reflexiona se ve que el título elegido es muy exacto; su intención no era iluminar la historia social con los datos aportados por la literatura picaresca sino encuadrar esa literatura picaresca en su atmósfera, en su ambiente, pues no era un fenómeno aislado sino un producto de factores de todo orden: biológicos, políticos, económicos, sociales; y dentro de la palabra *social* incluyo las ideas religiosas, el afecto amoroso, las relaciones familiares y tantas otras expresiones, puras o institucionalizadas, del espíritu humano.

Aquí está el secreto de las dimensiones gigantescas de esta obra póstuma; en ella se conjugan un propósito ambicioso y un afán de exhaustividad. Aunque le diera sus últimos toques en los días que precedieron a su muerte, su gestación fue muy larga, como él mismo lo indica en las páginas preliminares. Leyéndola con atención se descubren en ella bloques, estratos con diferencias terminológicas, aunque las ideas directrices mantienen las coordenadas esenciales. Mi propósito inicial de examinar el conjunto de esta obra produjo un montón de fichas de regulares proporciones que han enriquecido mi visión de aquella época pero que no pueden resumirse en un artículo de pocas páginas. Por ello, mi modesto tributo a la memoria del amigo desaparecido se limitará a comentar algunos temas y enunciar algunas reflexiones un tanto descosidas que iban surgiendo conforme avanzaba en su lectura.

Pensemos una vez más en la realidad de la picaresca y en su expresión literaria. Es un argumento frecuente entre los profesionales de la crítica literaria, mientras que los historiadores lo rozan apenas, y esto es un obstáculo serio para su perfecta comprensión. Pensemos, por ejemplo, qué sabríamos de los *indianos*, de las monjas o de los caballeros de hábito si nos atuviéramos sólo a las citas de novelistas y dramaturgos. La literatura nunca es una fotografía ni un espejo de la realidad, este es un hecho que no se discute; el literato, incluso el más realista, aborda el mundo real con una fuerte dosis de subjetividad, adapta y deforma sus imágenes con arreglo a patrones, a moldes ideológicos premeditados o inconscientes. El autor tiene también que seguir las leyes propias del género y responder a lo que el público espera de él so pena de ser un incomprendido, sacrificio que pocos aceptan. Una historia social basada exclusivamente en fuentes literarias tiene que resultar incompleta, parcial, amanerada y plena de tópicos. Como ya indicó Noel Salomon, el camino a seguir tiene que ser inverso: partir de unos hechos bien documentados que iluminen el sentido de las obras literarias<sup>2</sup>.

Construyendo de antemano esa infraestructura sólida alcanzamos una segunda etapa en la que el estudio de la producción literaria nos muestra toda su utilidad, pues gracias a ella los hechos inertes adquieren calor y vida, se humanizan, se ambientan y nos informamos no sólo de cómo eran en sí mismos sino también de cómo eran vistos y sentidos por los contemporáneos. He aquí por qué historiadores puros y críticos literarios deben colaborar para llegar a unas metas que no alcanzarían trabajando aisladamente.

Esta labor coordinada que respecto a ciertos grupos humanos (por ejemplo, los moriscos) ha hecho grandes progresos, en el caso del *pícaro* apenas está iniciada. Quizá por tratarse de un grupo humano mal definido. Gran parte del libro que comentamos tiende

<sup>2</sup> Recherches sur le thème paysan dans la «Comedia» au temps de Lope de Vega. *Burdeos, 1965, página 915.* La lectura de esta obra demuestra esa frecuente disociación de literatura y realidad a que nos referimos; en el teatro se exalta la condición del campesino, pero la realidad era muy otra.

precisamente a precisar ese concepto. Maravall se mostró reacio a introducir sin más a los pícaros en el cajón de sastre de los *marginados*, palabra reciente<sup>3</sup>, que quizá por eso está ausente de capítulos enteros de *La literatura picaresca...* de los estratos más antiguos de esta obra compleja. La verdad es que, tal como están hoy las cosas tras la inflación que ha sufrido este término, decir que un grupo es *marginado* no nos aclara mucho. Había (y hay) marginados por nacimiento, por la imposición de las circunstancias, y otros que lo son por libre elección; marginados vitalicios, por decirlo así, y temporales, por ejemplo, los trotamundos que luego sientan cabeza; marginados por presión exterior y automarginados que se niegan a la integración. Y sobre muchos de estos grupos está muy lejos de haberse llegado a un consenso ¿Podían considerarse marginados los pobres, los enfermos, ensalzados desde el punto de vista doctrinal, objeto de muchos cuidados y atenciones?

Maravall parte (páginas 9-10) de una clasificación que esbozó en 1944, es decir, en los comienzos mismos de su labor como historiador social. Es una división tripartita que distingue por un lado a los *integrados*, «los afectos al sistema del absolutismo monárquico señorial», es decir, al sistema establecido; por otro los *reformadores*, «que aceptaban el sistema sin dejar de ver las insuficiencias del mismo». Y en tercer lugar «los discrepantes activos, probablemente los menos numerosos, aunque fueran más de lo que se suponía, en ciertos aspectos los más interesantes, y desde luego los más variados en cuanto a los diferentes caminos que emprendían. Sin embargo, estos últimos, con más o menos gravedad, muestran siempre claros signos de desviación social, aunque divididos en subgrupos que van desde los revolucionarios hasta los retraídos».

Está claro que esta división se basa en factores intelectualistas, pero puede también conjugarse con actitudes vitales. En realidad el pícaro no se preocupaba de la reforma de la sociedad; era demasiado cínico y demasiado despreocupado para eso, y como tal lo vio Cervantes, a diferencia de otros autores que abordaron el tema de la picaresca como pretexto para disgresiones moralizantes. Sabido es que uno de los rasgos de nuestro Siglo Barroco fue el afán por enmendar la sociedad y los métodos de gobierno, y que el resultado de esta preocupación fue una densa literatura de temas políticosociales que van desde el tratado magistral hasta el más descabellado arbitrio<sup>4</sup>. Pues bien, hay novelas picarescas en las que el discurso moralizante es tan amplio e insistente que se las puede emparentar con esa literatura reformista. En ese grupo se podrían incluir obras como *La pícara Justina*, *El Escudero Marcos de Obregón*, *El donado hablador*, e incluso el mismo *Guzmán de Alfarache*, a propósito del cual Maravall defiende la unidad de estilo y propósito entre el relato y los desarrollos doctrinales o ejemplares que tradicionalmente se han venido considerando como agregados postizos e insinceros<sup>5</sup>.

No son insinceros desde el punto de vista de los autores, pero es difícil atribuirlos a los pícaros de carne y hueso, y aquí volvemos a encontrarnos ante el problema de hasta qué punto la novela picaresca es un documento de utilización válida para hacer historia social, cuestión que se podría generalizar a otros grupos de marginales, desviados y excluidos. Si emprendiéramos esta tarea, que me parece necesaria y fructuosa, nos sorprendería la variedad del tratamiento, porque hay minorías, por ejemplo los expósitos o los gitanos, sobre las que disponemos de una documentación histórica considerable, mien-

<sup>3</sup> B. Vincent data de los acontecimientos de mayo de 1968 en Francia la conversión del adjetivo marginal en sustantivo, los marginados, «término, escribe, cómodo y lo bastante vago para amparar bajo una misma denominación los aspectos multiformes del rechazo de los valores dominantes». Les marginaux et les exclus dans l'histoire, París 1979, página 10.

<sup>4</sup> De forma más atenuada, el siglo XVIII heredó esta preocupación aunque sustituyendo el desacreditado arbitrio por el proyectismo. En el fondo eran la misma cosa. Una de las consecuencias que pueden sacarse de esta inmensa floración de tratados, memoriales, proyectos y arbitrios es que la visión ordinaria de un poder absoluto disociado de una masa sin medios de intervenir en el gobierno de la nación no es exacta; había una opinión pública que se creía con derecho a opinar, a criticar, a dar consejos, y esa literatura era más consultada de lo que suele pensarse.

<sup>5</sup> Maravall figura entre los defensores de la unidad entre la narración del Guzmán y los discursos morales que la acompañan.

Acerca de la indicada diversidad hay consideraciones muy acertadas en A. Valbuena Prat en el Estudio Preliminar a La novela picaresca española, que recoge y adopta J.L. Alborg.